

Argentina: cultura, educación y otras ficciones

A principios de febrero pasado nos ocupamos con inocultable complacencia de un artículo de Luis Gregorich publicado en la sección "Cultura y nación" del periódico Clarín de Buenos Aires. Destacamos nuestra percepción de que bien podría tratarse de una primera muestra de una Argentina que comenzaba a des-aterroizarse y des-autocensurarse, al calor de una ambigua primavera generada por el aflojamiento de controles por parte de un dictador militar que iba a delegar el mando en otro dictador militar, por decisión exclusiva y unilateral de algún centenar de oficiales superiores de las tres fuerzas armadas.

Mencionamos igualmente que razones que no tenían asidero sino en expresiones de deseo de los gobernados, el teniente general Roberto E. Viola gozaba de una imagen de "democrático", o en todo caso de "más democrático" que el teniente general Jorge R. Videla, una diferencia quizás mensurable en milímetros, (1) si nos atenemos a los actos de gobierno, de conducción castrense, del discurso ideológico y de identificación en la pragmática socioeconómica impuesta al país por ambos milites, y que se expresó en la figura del todopoderoso ministro de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz.

La prensa escrita y audiovisual, que con mínimas excepciones se caracterizó durante más de cuatro años y medio por su silencio aquiescente, entreabrió rendijas a partir de la designación de Viola, con lo cual facilitó la diseminación de la esperanza de un cercano deshielo político, mecanismo que a poco rodar retroalimentó la imagen deseada: la de un dictador menos duro que su predecesor, más flexible en el tratamiento de la crítica coyuntural económica y, por último, abierto y receptivo frente a las crecientes demandas de reinstitucionalización del país.

Por aquellas entreabiertas rendijas se colaron en la prensa escrita las primeras demandas de esclarecimiento de la suerte de los millares de "desaparecidos", a los que el propio Viola, en discurso que es pieza vital para la comprensión de la mentalidad y la ideología del régimen había denominado "ausentes para siempre". Gregorich fue de los primeros intelectuales que, con residencia en Argentina, se valieron de ese resquicio primaveral que todavía rige. Mencionó en su artículo, con loable valor cívico, a dos escritores malditos y "desaparecidos", Haroldo Conti y Rodolfo Walsh y amplió la referencia a "los miles de desaparecidos de los años recientes". Empero, esta franqueza no salvó al resto del texto de ambigüedades, sobreentendidos y hasta obligadas concesiones formales y de fondo, indicio de que a despecho de posibles liberalizaciones, no debían los escritores derrochar de una sola vez sus acrimonias y críticas forzosamente contenidas por años.

El libro como aventura comercial

En un nuevo aporte de Gregorich, (2) que tiene por eje de reflexión el estado de calamidad de la industria editorial argentina, de nuevo se hace presente el mecanismo de la franquea junto al de los sobreentendidos, omisiones y hasta olvidos significativos, obviamente no imputables a malicia sino a lo que ya en nuestra crónica anterior describimos como "circunstancias que por sabidas no requieren abundamiento".

Una general coincidencia con el diagnóstico de Gregorich no lo absuelve de parciales disensos. Pero en lo que nuestra discrepancia se transforma en franco rechazo, es en su receta atinente al levantamiento de "una censura injusta y retrógrada" apelando a una alternativa inconcebible para un intelectual y un hombre de letras como lo es él: "o al menos establecimiento de reglas de juego claras e igualitarias". En buen romance postula que si no es factible la eliminación de la censura que él califica con apropiadas palabras, aceptaría como mal menor una censura "orgánica", y aunque no lo diga, "racional" e "inteligente". Esto, en momentos en que la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), por primera vez en años, se ha decidido, a remolque de la prensa, en aprovechar el resquicio de liberalización y en reclamar la abolición total de la censura.

Toda inquisición cultural es arbitraria, abusiva, parcial y falaz además de "injusta y retrógrada". La mera propuesta de enmarcarla supone una legitimación sustentada en principios de razonabilidad y asepsia. Algo así como aceptar el "genocidio cultural" de que hablaba María Elena Walsh, a condición de que editores, escritores y libreros conozcan con aceptable antelación cuáles son los temas prohibidos por los militares y los policías. Gregorich menciona como tabúes y objeto de secuestro de libros, el marxismo y la obscenidad. Se ha quedado corto, cortísimo y, además, engloba con la locución "marxismo" a toda la corriente de literatura y ciencias sociales no necesariamente involucradas en esa nomenclatura. Omite que el veto, errático según las épocas y los gobiernos,

1) Cfr. "Argentina. Otro escritor se atreve a citar a los miles de desaparecidos", en El Día, México, 3 de febrero de 1981.

2) Luis Gregorich, "La situación argentina: crisis y permanencia", en Sábado (Uno más Uno, México, 4 de abril de 1981, pp. 10-11).

fulmina a obras que molestan a la Iglesia integrista o al militarismo, o, como ocurrió hace pocas semanas con el libro de Carlos D'Amico, Buenos Aires, sus hombres, su política (1860-1890), a libros que desnuden los modos y comportamientos de la oligarquía, aunque ese autor haya pertenecido a esa misma oligarquía y jamás haya leído una sola línea de Carlos Marx.

La ignorancia al servicio de la estupidez

Podríamos atiborrar por lo menos diez veces más el número de cuartillas que componen esta crónica, con la descripción de ejemplos que se remontan a varias décadas, sobre los ríos de estupidez e ignorancia revestidos, eso sí, de inapelable autoridad, vertidos en forma de censura franca o solapada sobre libros, obras de teatro y de cine en la Argentina.

Para empezar, y tomando autores que el propio Gregorich se complace en citar como ejemplos de la labor pionera que en materia de traducción de autores célebres extranjeros se cumplió en Argentina, el Ulises de James Joyce estuvo prohibido durante años "por obsceno"; Por quien doblan las campanas de Ernest Hemingway se vendía en las librerías a los clientes confiables, porque la Embajada de España —antes de que el Eje fuese derrotado— había obtenido su interdicción en Argentina; la Editorial Losada no pudo reeditar su primera traducción de Santuario, de William Faulkner, porque algún censor observó que las desventajas de Miss Temple con Popeye eran sumamente escabrosas; y la Editorial Sudamericana debió litigar con algún otro censor en defensa de El camino del tabaco, de Erskine Caldwell, disputa que terminó cuando comenzó a exhibirse el filme que con su argumento dirigió John Ford.

De los libros "obscenos" se ocupaban los moralistas de la Acción Católica y su nómina involucraba la calificación que quizá Gregorich incluiría en su descripción sobre la censura: "errática, contradictoria y descentralizada". Comenzó con las letras en lunfardo de los tangos, a partir del cuartelazo del 4 de junio de 1943. El confesor del general Pedro Pablo Ramírez le convenció de que tras la "perversión" del lenguaje estaban el diablo y el comunismo. De ahí a vetar los filmes pro Aliados o la sátira de Chaplin El gran dictador mediaron pocos pasos. La censura era por películas y libros "obscenos" pero su objetivo fue político y religioso. El célebre tratado filosófico De docta ignorancia, del cardenal Nicolás de Cusa, un humanista alemán que vivió de 1401 a 1464, fue secuestrado e incinerado no obstante el altísimo costo de su traducción del latín, primera que se hacía en español. El Cusano merecía la hoguera por hereje. Ese fue de los primeros libros "inmorales" que los censores eclesiales integristas, que siempre fueron una epidemia latente a la vera de los militares en el poder, fueron vetados con fundamentos hipócritas.

La hipocresía y el tartuflismo presidirían desde entonces —comienzos de la década de 1940— la cíclica faena de los censores, encuadrada por un método al que sí apunta Gregorich: el de la inexistencia de un organismo centralizador de las prohibiciones con lo cual los castradores de la cultura quedan al margen de sospechas y de pleitos judiciales. Lo que Gregorich no dice es que si existen listas de libros que obran en poder de la Policía Federal, de dimensiones kilométricas porque se iniciaron con el general Ramírez y se fueron agregando intermitentemente, en muchos casos superponiendo los mismos títulos. Para unificar las decisiones en esa materia, como Gregorich apunta que ocurre en Chile, se requerirían algunas días de funcionamiento de computadoras. Soy escéptico en cuanto a que la Policía Federal se decida a modernizarse en este punto. Como director que fui en los años 60 de la Biblioteca de América de la Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA), padecí de algunas experiencias traumatizantes frente a tales listas, que nunca accedí a la policía a entregarme: la máxima largueza que me permitían era echarles una ojeada, no más de cinco minutos, en cada ocasión, insuficientes para retener los centenares de títulos signados por el fatal obstaculo.

La OEA en la censura

Pero en mi condición de periodista me tocó, en tiempos de otro general atrabiliario, Juan Carlos Onganía, revelar para el periódico La Prensa los ocultos resortes del organismo censor por antonomasia, al que Gregorich liquida con dos líneas: la Dirección de Correos, que actúa como mecanismo aparentemente colateral de la preservación de la cultura, la moral y las buenas costumbres, y de la contaminación marxista. Estuve en las oficinas del Correo Central donde un señor Román, mayor del Ejército, se dedicó durante horas a explicarme sus desventuras como censor.

En una habitación atiborrada de libros, apilados desde el suelo hasta el techo, se quejó de que no disponía de presupuesto para "una cantidad mayor de lectores-censores"; de que él debía

prestar los libros sospechosos a "amigos de confianza" para que le dieran su "opinión sincera"; y de que aun cuando también él leía, "no me da el cuero sino para un libro por semana, y siempre que no sea muy gordo". El mayor Román no tenía problemas con "comunistas conocidos" como Marx, Engels, Lenin, Stalin y Trotzky, pero los bolcheviques se las ingeniaban para burlar su celo. Ahí estaba como ejemplo el libro Dialéctica del fútbol, de Geronazzo y Zubeldía, dos ex jugadores: ¿por qué razón le habían puesto la palabra "dialéctica" si eran ajenos a la conjuración marxista internacional? Debíamos ponernos en su lugar, para comprender cuántas trampas debía sortear. Los comunistas, eso era muy sabido, eran gentes truqueras, mañosas y sutiles.

El mayor Román accedió a mostrarnos un documento reservado, que explicaba por qué Correos tenía a su cargo, en oficinas sin rótulos identificatorios y con vigilancia en la puerta, la tarea de cautelar el ingreso de libros procedentes del extranjero. Era un acuerdo de países agrupados en la OEA —no recordamos si de 1961 ó 1962— por el que se disponía la interdicción postal de materiales de lectura que difundiesen "ideologías" contrarias a lo que los gobiernos y los militares entienden por civilización occidental y cristiana. En suma, una racionalidad legalizadora de la educultuacrastración continental, desprendida del pote de basuras de la Guerra fría y el macartismo de retardada exportación, por la aterrizadora imagen de la Revolución Cubana.

¡Apunten! ¡fuego!

Como una de las quejas sobre indebido secuestro —e incineración de libros— procedía de la Editorial Sudamericana, insospechable de atentar contra Cristo y Occidente, preguntamos al mayor Román si el soviético Beliaev, denominado el "Bradbury ruso", contrabandeara marxismo subliminal, nos respondió que en ese caso ocurría "algo mucho peor", una "injuria al ser nacional argentino". ¿Cómo era eso, si la obra había sido editada en España y la importaba Sudamericana? ¡Ay —respondió— ya ni en Franco se podía confiar! ¡España edita libros marxistas por centenares de miles, "only for export"! ¡Hace un redondo negocio dando trabajo a su industria editorial, obteniendo divisas y posando de liberal, pero esos libros no podían circular internamente!

Acercas del libro de Beliaev expliqué que él había resuelto purgarlo. Uno de sus cuentos refería una trifulca de marinos mercantes en algún puerto. Uno de los golpeados en la riña, aparecía retratado como taimado y cobarde. "¿Cómo voy a permitir que se insulte así a los argentinos?" —nos protestó Román. Timidamente le recordamos al milite que ya en el siglo pasado autores argentinos como Esteban Echeverría, José Hernández y Julián Martel retrataron con peores galas a sus compatriotas en El Matadero (1840), el Martín Fierro (1872) y La bolsa (1894). Pero, además, ¿solamente por eso ordenó que fuesen incinerados 500 ejemplares? ¿Por qué quemarlos y no devolverlos a su lugar de origen? ¿No se afectaba el principio de intangibilidad de la propiedad privada, consagrado por la Constitución?

Este sí fue un argumento que le cayó como un mazazo. Se quedó sin respuesta por un momento. Cualquier cosa, menos un golpe tan bajo como ese. Referimos gran parte de esa entrevista en La Prensa y otras publicaciones. El semanario Primera Plana fusiló gran parte de la crónica, con el título de "¡Apunten! ¡Fuego!", con obvias referencias al bradburiano Fahrenheit 451. Al menos el escándalo que siguió pudo servir para algo: en lo sucesivo, los libros prohibidos de editoriales extranjeras ya no se quemaron, sino que fueron devueltos a sus editores y/o distribuidores.

Escribas e inquisidores

Pero eso se refiere a las ediciones foráneas. Adentro, en la Argentina que alguna vez tuvo el primer lugar en América como país de escritores y editores, los militares de 1976 se inauguraron durante las primeras semanas en autos de fe librescos, como los del general Luciano B. Menéndez en las calles de Córdoba, que, aunque resulte aburrido recordarlo, se acompañaron de la prisión, tortura, muerte o "desaparecimiento" de muchas decenas de escritores, periodistas, intelectuales. No incluimos a los millares de argentinos no comprendidos en esa nomenclatura. Tampoco repetiremos el decaimiento y casi aniquilación de empresas editoriales, la desaparición total de publicaciones periódicas independientes o comprometidas y el vuelco de los editores hacia el crematístico negocio de los best seller de origen, especialmente, norteamericano.

Gregorich pretende que lo de la censura es fruto de "la ignorancia y los prejuicios". Pero no es igualmente expresivo —ni se propone serlo— cuando en su escrito omite mencionar que, aparte de los autores muertos, "desaparecidos" y exiliados, el público argentino no puede leer a algunos de sus propios compatriotas, como Julio Cortázar, Osvaldo Bayer, David Viñas, Humberto Costantini, Rodolfo Walsh u Osvaldo Soriano. Ni tampoco pueden ser enseñados por maestros en literatura, artes y ciencias que por obra de la compulsión militarista-clerical pueblan universidades de ibe-

roamérica, Estados Unidos, Canadá y Europa. (3) Margina Gregorich además, la liquidación manu militari de proezas de la cultura argentina, como EUDEBA, o ignora las prohibiciones que pesan, ya sin la hipocresía del mecanismo postal de la inquisición que no osa decir su nombre, sobre colecciones de temas argentinos y/o latinoamericanos del Centro Editor de América Latina. Y vela la finiquitación de decenas de editoriales, quizás víctimas del proceloso camino que se entiende "entre el autoritarismo regresivo y el revolucionario estéril".

Ferías de farsantes

En el proceso de vieja data del genocidio cultural que encontró nuevas fórmulas a partir de marzo de 1976, con el exterminio físico o el forzado exilio de literatos, poetas, hombres de teatro y de cine, sociólogos y científicos en general, poco tuvieron que ver el "elitismo iluminado" ni el guerrillerismo de quienes, al decir de Gregorich, optaron por una muerte "heroica y fulgurante".

El crimen de la guerra, de Juan Bautista Alberdi, fue prohibido durante la primera presidencia de Juan D. Perón, del mismo modo en que lo fueron durante algunos años Los desnudos y los muertos de Norman Mailer y De aquí a la eternidad de James Jones. Eran obras antibélicas o antimilitaristas. Nada tenían de propaganda comunista ni eran obscenos. Pero era el tiempo en que Perón creía en la inminencia de la Tercera Guerra Mundial y esperaba con ella los beneficios económicos que para el país se derivaron de la segunda conflagración, apenas terminada. Nada debía perturbar el animoso espíritu con que debía recibirse la próxima pelea mundial.

Otros ejemplos: en vísperas de la inauguración de la VII Feria Internacional del Libro, en Buenos Aires, y en momentos en que la SEDE (Sociedad Argentina de Escritores), redescubriendo una olvidada tradición se expendía por primera vez en años en contra de la censura, el régimen militar prohibía la vieja novela Sin tregua, de Raúl Larra, y no por su conocida ideología comunista, o porque fuese "elitista iluminado". Creo, sin pretender ser gracioso, que a algún mayor Román le tocó esa mañana sacar de la pila de libros sospechosos ese de los aproximadamente 50 que por año le toca a cada censor (siempre que no sea un tomo "gordo", recuérdese) y descubrió que su contenido no se ajusta a las "órdenes de la superioridad".

El mal tiene anales y no se remediara con emplastos y fantasmas del tipo de esa SHOW de farsas y vanidades que fue la VII Feria, en la que publicitariamente se encharcaron literatos, poetas y los jefes de las fuerzas armadas. El general Viola admitió, modestamente, en plena Feria, que fuera de los libros de especificidad castrense, sólo había leído el Martín Fierro. Poco antes, el propio Gregorich trasladaba al sistema audiovisual su escepticismo en torno al presente y al futuro del libro. (4)

Beocios y brutos

En la crónica que provocó estas líneas, Gregorich aventura una "moderada esperanza" en relación con el cambio de Videla por Viola. Esa es la tónica hoy vigente en Argentina. Comprendemos que desde afuera nuestra posición es mucho más cómoda para escribir como aquí lo hacemos, y sabemos cuánto le costaría a él este tipo de franquezas en nuestra patria. Pero sería hasta injusto para quienes en ella libran su patética batalla por la cultura y la educación, callar estas anotaciones a su artículo.

Hace algunos años, en plena época del macartismo, el más famoso crítico teatral estadounidense, Brooks Atkinson, escribió en el New York Times:

"La gente no quiere arriesgar nada y vacila en decir lo que piensa. La vida intelectual y artística de este país ha sido achatada. Los espíritus vulgares dominan. No podemos esperar vitalidad de nuestro arte teatral si imitamos a los países totalitarios y dejamos el control de la vida cultural a los beocios y los brutos."

La crisis editorial argentina no es reciente y forma parte inseparable del drama nacional, del que son víctimas las mayorías de dentro y fuera del país. La CGT le puso el nombre de "Quinquenio Infame". Pero sus raíces son muy anteriores: Beocia se instaló en la Argentina en 1930 y persiste en velar las luces del espíritu que por esporádicos se encienden. Atkinson se dolía por el teatro. Los argentinos nos dolemos por TODO, porque imperan los beocios de informe, de sotana y de chequera. Mester de Clerencia, más Mester de Milicia más el Negotium.

3) Cfr. en el suplemento "Ciencia y Tecnología" del periódico Clarín de Buenos Aires, en el que colabora Gregorich, la reciente nota: "Investigación especial. Científicos argentinos en el exterior. ¿El país los necesita? ¿Querrán volver?". (31 de marzo de 1981, pp. 1-3).

4) Luis Gregorich, "Un medio abrumado por la censura y la mediocridad. Los desafíos de la televisión argentina", en Clarín, 31 de marzo de 1981.